



Libertad

SEMANARIO DEL FRENTE

división 42

AÑO I

NUM. 7



Palabras del Comisario

Confíemos



en nosotros mismos

Camaradas soldados: En alto la antorcha que ilumina nuestros claros destinos, un optimismo consciente nos llena el alma de halagadores presagios. Frente al panorama internacional, en cuyo centro parece dibujarse un sol naciente de justicia hacia nuestra causa, está el tesón y el acierto y el valor de los soldados de España, que han convenido, con la fe tácita de las grandes revelaciones, en hacer suya la bandera tremolada de «Nosotros solos sabremos darnos nuestra victoria». Claramente lo dice esa defensa epopéyica de las crestas asturianas, donde en cada risco queda prendido un corazón valiente y donde de una defensiva trágica se ha pasado a una ofensiva dura y triunfal. Claramente lo pregonan los hechos aislados en los que a diario héroes anónimos escriben emocionadas páginas de leyenda. En la orden del día de cada operación no falta un gesto señero realizado por un hijo del pueblo que no quiere ser menos en esta superación de sacrificios que a todos nos impone esta hora cumbre de nuestra historia, en la que detendremos, con el grito solemne de «¡No pasarán!», a los que en vano intentan retrotraer la civilización y el progreso a límites de primitiva barbarie.

Claramente lo expresa nuestro victorioso avance por tierras de Aragón, donde se está gestando el golpe definitivo al fascismo traidor. Claramente, en fin, nos lo demuestran las noticias confortadoras que nos vienen del Sur, donde el enemigo agota sus «stocks» de moros y presidiarios invasores en una contienda inútil para sus turbios proyectos.

De nosotros mismos hemos de esperar el triunfo definitivo y total de la causa de todos. Y es una gran verdad. Tan verdad, que sólo a ese convencimiento, extendido por todo los ámbitos donde tiene eco nuestra lucha, se debe el que de manera precisa la Brigada Internacional señale terreno firme a favor de la España republicana. El reciente discurso del presidente de los Estados Unidos, Roosevelt, es una prueba elocuente de que, aunque tarde, fuera de España se siente nuestra tragedia y nuestro profundo drama. Y que, en plazo breve, la justicia de fuera vendrá a colaborar con esta justa defensa de nuestra íntima dignidad, inclinándola a nuestro favor como a priori la hiciera inclinar la bravura de nuestros soldados y la fe en nuestros destinos nacionales. Confíemos, pues, en nosotros mismos. De nuestra abnegación, de nuestro valor, de nuestra constancia, de nuestro sacrificio depende sólo el éxito seguro de nuestro universal esfuerzo. Hagámonos dignos de esta bandera, airón de días venturosos para la Humanidad que confía en nuestra obra, y la victoria entera y definitiva será nuestra. Confíemos, antes que en todos, en nosotros mismos. Ello será suficiente.

VILLANUEVA

Comisario de la División.

Hombres de la victoria == Los forjadores de la ofensiva de Aragón

Ricardo Sanz

T
E
M
P
L
E



D
E
A
C
E
R
O

Un despacho amplio, soleado frente a la luz que penetra en él a través de un balcón inmortalizado por el verbo sincero y cálido de Durruti. Y en la pared central, nuestro héroe, envuelto en la gloria inextinguible de una bandera que pasea su grito de Libertad por toda España, mancillada por la gota sangrienta de un militarismo reton, empapada en sangre, pero resurgiendo lenta y firmemente en un nimbo de gloria inaccesible a cuantos no tuvieron el sublime valor de luchar para aproximarse a ella o a su inmortal espíritu de sacrificio.

¡La bandera roja y negra del proletariado!

En las paredes laterales del despacho, limpias, desnudas de toda ornamentación artificio, destaca la propiedad de unos carteles que, recomendándonos nuestras obligaciones revolucionarias, tienen, con la fuerza persuasiva del consejo inteligente, la suavidad de un bálsamo. ¡Bálsamo de amor y comprensión para las almas que se agitan huérfanas de ruta!

«Estar sin mancha no es estar sin defectos», murmura persuasivo uno de los carteles. Otro es más energético: «Corazón encadenado, espíritu libre». Y un último, reflexivo, sano, como las doctrinas del hombre que nos precedió en este sitio, afirma:

«El Silencio es el Sol que madura los frutos del Alma.»

Hay en esta oficina, la oficina donde trabaja Ricardo Sanz, el comandante de la 26.ª División (antes columna Durruti), algo que, huyendo de todo cuanto pueda parecer burocracia, incita a la reflexión y sobrecoige precisamente por su sobriedad y sencillez.

De todas las guerras nacidas al calor del pueblo surgieron capitanes heroicos, campeones justicieros que, siendo inmensamente libres por temperamento, dieron a la causa todo cuando de ellos podía solicitarse. Sacrificaron la inmediata consecución de sus más caros ideales a las necesidades de la guerra y muchos de ellos cayeron sin gozar la gloria a

que se habían hecho acreedores, envueltos en el lábaro sagrado de una frase que condensaba todos sus anhelos: Libertad.

No citaremos nombres. Pero nos recordaremos de que la Confederación Nacional del Trabajo, la que perdió a Ascaso en las duras luchas de julio en Barcelona y a Durruti en las trágicas jornadas de Madrid atacado por todas partes, haya encontrado nombres como Cipriano Mera, Ricardo Sanz y otros, muchos otros, que son la continuación, en esencia, de la labor que aquellos iniciaron.

Nuestra satisfacción es haber convivido con ellos cuando eran perseguidos sanamente y verles hoy — pueblo del pueblo — luchando en puestos de tal responsabilidad, que la Historia, ese libro rímo, juez de los siglos, ahora de recluir rotundamente sus páginas pasadas.

Las jornadas trágicas del 17 de julio sorprendieron a Ricardo Sanz trabajando en Barcelona, junto con García Oliver, en una raprica instalada en el número 150 de la calle Vilamari. Ambos, junto con Ascaso, Aurelio Fernández, Jover, Ortiz y otros, componían el Grupo Anarquista de Durruti, que actuaba desde el año 1922.

Las necesidades de la Revolución llevaron a todos estos compañeros a puestos de máxima responsabilidad cuando, ya vencida la militarada en Cataluña y tras la pérdida irreparable de Francisco Ascaso, se inició la etapa constructiva en pro de un mejoramiento social inaplazable y de un ejército que fuera capaz de derrotar, con entusiasmo primero y con elementos técnicos más tarde, a las hordas salvajes del fascismo internacional, interesado en la aventura española.

Sanz fué nombrado inspector general de las Milicias de Cataluña, cargo que desempeñaba cuando murió Durruti, y fué designado por el Comité Nacional de la C. N. T. para sustituirle en el mando de la

gloriosa columna confederal y anarquista.

En la ex columna Durruti, la militarización no creó un problema. La elección de Ricardo Sanz para sustituir al malogrado caudillo satisfizo a los compañeros, y esto, unido a la autodisciplina que todos aceptaban como una ineludible necesidad de guerra, hizo que en la 26.ª División ningún problema de descomposición interna viniera a turbar su organización ni relajara aquella moral combativa que admiró al mundo al iniciarse la marcha de las tropas libertarias sobre el Aragón esclavizado.

Tras su mesa-despacho, Ricardo Sanz nos ha recibido efusivamente, iluminando su rostro simpático, de hombre fuerte y enérgico, una sonrisa de satisfacción. Rico, el Comisario de la División, más atento a los problemas de la misma que a nuestra visita, pone ante el comandante un montón ingente de papeles y espera que éste los firme.

Deseosos de no estorbar su tarea, nos retiramos a un ángulo del despacho y observamos el trabajar seguro y firme de Sanz, despachando oficios y más oficios que para nosotros, profanos en ese nuevo arte de guerra, son «tabú» temido y odiado por lo que de monótonos tienen.

Luego hablamos de muchas cosas y recogemos aquellas que creemos más interesantes, tan-

to por lo sustancioso de sus afirmaciones como por la significación en las filas de nuestra organización.

—¿Cómo han respondido los hombres de la 26.ª División en las últimas operaciones?—le hemos preguntado.

—¡Mejor que nadie!—nos responde vivamente Sanz—. Así, sin tapujos ni falsas modestias. Nosotros, nuestros hombres, son los que no retroceden nunca. Los que en todo lo que va de guerra no hemos perdido un palmo de terreno. Hemos demostrado que los que han sido más desprestigiados y combatidos son la gente más bien organizada y disciplinada que entraron y respondieron magníficamente en los combates.

—¿Y las demás armas del Ejército del Este?

—Bien. La aviación y la artillería rivalizaron en aciertos, si bien la actuación de la primera fué, en nuestras últimas acciones, algo muy notable y digno de ser destacado.

—¿Y ahora?

—Consolidamos las posiciones tomadas y esperamos órdenes del Alto Mando. Deseamos que rápidamente se nos ponga en la situación de medios de combate que tienen otras unidades y que sería dar a nuestros muchachos un aliado más para conseguir la victoria final. Esto es de una imperiosa necesidad.

—¿Cómo ves la guerra?

—Tenemos grandes posibilidades de triunfo, porque poseemos el entusiasmo de los

de abajo, mientras nuestros enemigos, carentes de esto, han de sostenerse por el terror y por la fuerza. No podrán resistirnos mucho tiempo.

Su afirmación queda flotante en el aire, como una vibración fuerte y emotiva. Los ojos claros de Sanz parecen perderse en el intrincado laberinto de los pensamientos, y sonríe.

—De la alianza de las Juventudes últimamente realizada, ¿crees que lograremos positivos resultados?

—Es la llave del triunfo. A esto te contestaré con las mismas palabras que pronuncié en Madrid a principios de este año, en un mitin organizado por las Juventudes Libertarias,

y en el cual tomé parte. Dije en él que no me conformaba solamente con la alianza, sino que consideraba que tanto las organizaciones sindicales como los organismos específicos debían llegar incluso a la fusión. Lo dije ante las necesidades de la guerra, que actualmente están planteadas con las mismas características. Es, a mi entender, la forma más contundente de ganar la guerra y consolidar la Revolución.

Con estas palabras ha terminado nuestra charla con Ricardo Sanz. Las múltiples obligaciones de su cargo nos cortan bruscamente, y tras un apretón de manos se marcha hacia donde precisan de su de-

cisión y energía para resolver algún problema urgente, diciéndonos aún:

—Saluda a los compañeros de retaguardia. Y díles que pueden confiar en nosotros, pero que nosotros les exigiremos también que cumplan en todo momento su deber para ser dignos de los que aquí ofrendan al ideal todas las comodidades ciudadanas y la vida incluso.

Y el coche, Aragón adelante, se pierde vertiginoso entre una nube blanca de polvo y de sol...

Pedro MAS VALOIS

Cuartel general de la 26.^a
División, 15 septiembre, 1937.

Los héroes de nuestra División

EMILIO ARMERO



Un poco tarde recordamos los nombres de los Comisarios caídos en las últimas operaciones, que además de los héroes anónimos, han sabido cumplir con su deber, unos cayendo bajo el plomo asesino y otros acompañando hasta el último momento a sus compañeros, cercados por las horras fascistas.

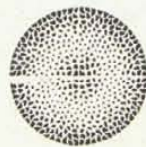
Emilio Armero fué un luchador libertario que desde su niñez fué creando una rebelión para más tarde convertirse en un verdadero luchador anarquista. Perteneció a las Juventudes Libertarias, sorprendiéndole el movimiento siendo secretario del Comité Regional, en cuyo puesto supo dar todo su coraje y entusiasmo a la causa libertaria. Cuando el inolvidable Manuel Domínguez cayó bajo las balas traidoras en la Casa de Campo, fué nombrado delegado general del batallón «Juvenil Libertario», alma y nervio de la que fué «Columna del Rosal». En este puesto difícil supo granjearse la confianza de todo el batallón.

Cuando esta columna se militarizó fué designado Comisario de uno de los batallones que tan alta han puesto la bandera de la Libertad en estos montes de Aragón. Posteriormente, y a causa de las circunstancias, fué nombrado Comisario accidental de la 60.^a Brigada, en cuyo puesto le han arrebatado la vida los asesinos mercenarios a sueldo de Franco, Hitler y Mussolini.

Compañero Armero: Has ofrendado tu vida en aras de la Libertad y has pasado a engrasar la lista de inmortales y héroes de nuestra causa. Te vengaremos.

J. BRAVO

EVOCAION



Por disposición superior hemos sido relevados de nuestras posiciones de vanguardia para descansar después de duras y penosas jornadas en determinado lugar, no muy distante, por cierto, de la primera línea.

Hemos terminado los trabajos necesarios para efectuar nuestro acantonamiento, cuando va clareando el nuevo día.

Mis ojos se recrean ahora mirando y parecen escrutar de una manera precisa el valor incalculable de una gran extensión de terreno que, arado simétricamente, piérdese de vista con sus surcos rectilíneos allá... en lontananza..., en el horizonte...

El sol, este sol español, tan nuestro como nuestra tierra, comienza a proyectar sus ra-

yos de oro, envidiados tanto por su belleza como por su bondad en otros puntos del planeta. En su marcha ascendente y majestuosa, parece regar con una lluvia finísima y dorada la gran extensión de tierra que mis ojos contemplan.

Un susurro dulce y continuo deja en el oído el eco suave del correr de diversos arroyos.

Voy girando lentamente la dirección de mi vista y, un tanto alejado del lugar en que me hallo, diviso un pueblecito blanco cual copo de nieve, compuesto de casitas tan iguales en proporción y características que dan la sensación de ser gemelas. Aproximadamente en el centro del mismo se eleva una gran torre, que no se diferencia en nada de aquellas otras que en otros pueblos alzábanse despiadadas y amenazadoras sobre los frágiles tejados de casas humildes, las cuales harto tenían con encerrar en su modesta cavidad la tragedia y el dolor de los parias españoles.

No cabe duda, es la torre de la iglesia, nido de negros buitres en espera de clavar sus carniceros y corvados picos en la carne de los mejores hijos del pueblo; era la torre que

usaba el clero fascista y encarnallado, depravado y cruel, a modo de atalaya; punto desde el cual, espionando a la víctima, esperaba impaciente el momento propicio de atacarla por la espalda, saciando así sus repugnantes e inconfesables apetitos.

Hoy, desplazada de ella tanta ave de rapiña, parece erigirse orgullosa y satisfecha, convertida en mástil de la bandera de la Libertad que, perdiendo de lo más alto, flamea a todos los vientos como principio de una nueva era, era de cultura y paz, justicia y trabajo, características fundamentales de nuestra lucha liberadora.

Mis ojos, centelleantes y saturados de tanta belleza, quisieran ver no sólo este pueblecito, sino a todo el pueblo español para decirle:

—Por que manos mercenarias y extranjeras, coaligadas a los traidores de su patria, no puedan jamás arriar y pisotear tu bandera, luchan, mueren y triunfan tus mejores hijos.

A. PEINADO

Frente de Guadalajara, 1 octubre, 1937.





Su mirada me enloquece,
el sol en sus ojos arde,
sí al abrirlos amanece
cuando los cierra parece
que va cayendo la tarde.

Una flor...? Una mujer...?

De las flores que en la vida
admiraba en mi camino
fueron las más preferidas
esas que encontré perdidas
luchando con su destino.

Unas, humildes creían
hundidas en la maleza
y con pena me decían
lo triste que se sentían
ocultando su belleza.

Otras, de rojos colores
entre trigos se miraban
y sin aromas ni olores
consumiendo sus candores
las pobres se marchitaban.

Y en el suelo se reían
tronchando su tallo aquellas
y al mirarme me decían
por qué tan joven morían
siendo tan lindas y bellas.

Y estáis como mis amores
condenadas al destierro
igual son nuestros dolores
y acabarán bellas flores
cuando vengáis a mi entierro.

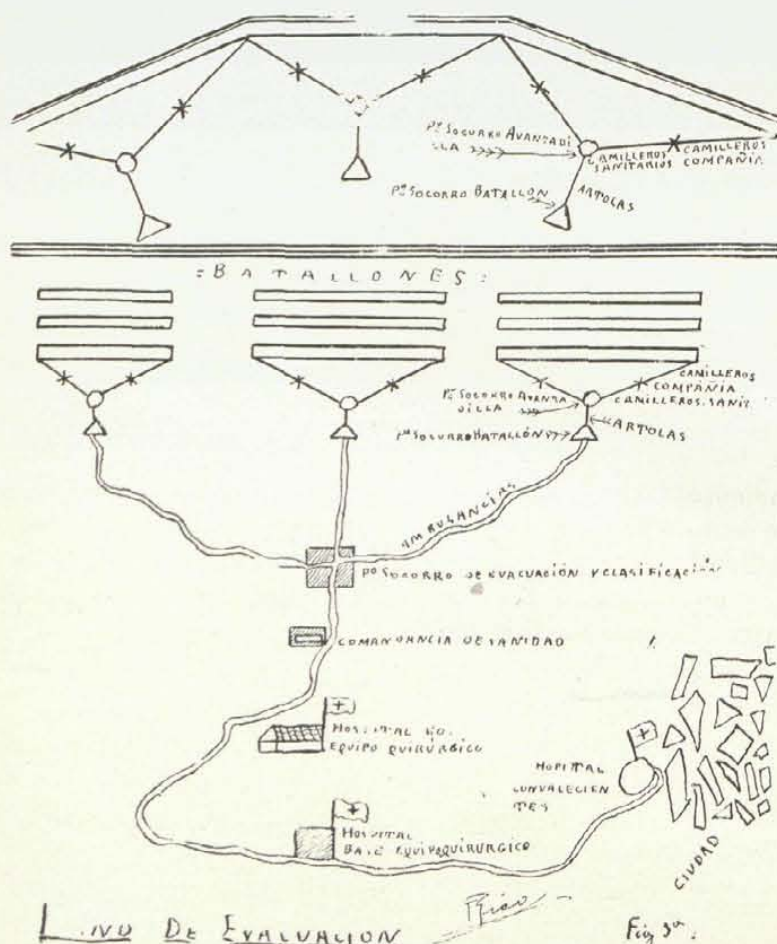
F. BOLUDA

Teniente de S. M. de la 59 Brigada Mixta.

Servicio sanitario en campaña

Hace un año que empezó la guerra, guerra sangrienta y cruel, y desde entonces, en el orden a Sanidad de campaña, cada hora que pasaba se realizaba un esfuerzo para organizarla; cada día que pasaba se daba una iniciativa y a cada momento y espontáneamente

tantísimo en el mismo acto de una operación, «la evacuación», evacuación que debe ser rápida y de facilidad de transporte; su punto de origen está en el puesto de socorro de avanzadilla (hasta ahora no existente) y en el del batallón (figura 1.^a).



un pensamiento para lograr ponernos a la perfección y salvar a nuestros soldados heridos, que han demostrado una vez más en la historia ser reacios, infatigables, haciendo ver que el pueblo de España desea ser libre y sigue con su odio correspondiente a toda idea tiránica, que no supone más que la destrucción de un pueblo.

Pero, a pesar de llevar esta guerra ingrata, a la que nos han lanzado, también puede exponerse se han recibido muchas enseñanzas, especialmente en lo que respecta al orden sanitario en el campo de batalla. Una vez que los sectores empezaron a funcionar, se pudo apreciar las dificultades que existían en el orden sanitario para asistencia de heridos y sobre todo como punto impor-

Se han estudiado muchos medios para que el herido llegue pronto al Hospital móvil-Equipo quirúrgico y realizarle la cura necesaria para su salvación, después de haber pasado por el puesto de socorro de avanzadilla, puesto de socorro de batallón y puesto de socorro de evacuación y clasificación; pero, a pesar de esto, no se ha puesto en claro aún el medio directo, con el fin de que los soldados que luchan por la libertad sean salvados de complicaciones; la combinación radica entre el batallón y el puesto de socorro del batallón, pasando por el «puesto de socorro de avanzadilla».

Prácticamente se ha visto que el médico del batallón tenía su puesto de socorro a «500 metros» de distancia del

batallón y a veces menos, y los heridos tenían que ser llevados por camilleros sanitarios al punto destinado; pero estudiado el caso detenidamente, creo es necesario exponer un plan por útil y práctico: primero, por la prontitud; segundo, por la comodidad, y tercero, por la seguridad de salvación del herido, evitándole complicaciones en sus heridas que pueden causarle la muerte.

El puesto de socorro del batallón tiene que estar situado cerca del cuartel, pero no en la unión de los paravetos, o sea una distancia media de 600 metros de las últimas avanzadas, y entre éstas y el puesto de socorro de batallón debe existir el puesto de socorro de avanzadilla, que estará constituido por un practicante y dos soldados de primera clase sanitarios, los más destacados de las compañías; entre estos puntos existirán los camilleros de compañía, que harán enlace con los camilleros sanitarios, y a continuación del puesto de avanzadilla (donde se verificará la primera curación de urgencia, que consistirá en aplicación de tubos de compresión para evitar hemorragias y vendajes con lavados de éter) estos heridos serán transportados en artolas por soldados sanitarios artoleros al puesto de socorro, donde estará el médico del batallón y un practicante, y en dicho punto hará una observación y aplicará los inyectables antitetánico-gangrenoso, cafeína, aceite alcanforado y morfina. Puede tardarse de media a una hora, hasta que llega el herido al Hospital móvil-Equipo quirúrgico; pero no es tiempo excesivo, claro está, que en un período de gran actividad los heridos deben ser enviados rápidamente a la retaguardia; el tiempo es el gran elemento para que llegue el herido lo antes posible a la operación quirúrgica. Para que esto se realice con facilidad y prontitud y sean rápidamente puestos en ambulancias, es necesario muchos camilleros y éstos combinados con artoleros; todo este personal sanitario debe ser instruido por un oficial de compañía de Sanidad; así que los camilleros sanitarios y artoleros deben de trabajar en combinación con los camilleros de compañía y en cooperación con los médicos de batallón y de Brigada, que estarán bajo sus órdenes.

El equipo de los puestos de socorro estará constituido por el siguiente material: bolsas de socorro para los médicos y practicantes y demás personal que esté a las órdenes del médico y dos cestones que llevarán todo el material necesario para efectuar las curas.

Las bolsas estarán constituidas por el siguiente material:

Botiquín de bolsa de socorro

Dos frascos de alcohol de 90 grados.

Cuarenta gramos de tintura iodo.

Cinco paquetes de 150 gramos de algodón.

Dos paquetes gasa de 1 x 5 hidrófila.

Un carrete esparadrapo.

Dos tubos de goma compresor.

Cuatro férulas cortas.

Veinte vendas gasa 5 x 10.

Dos tubos seda núm. 1.

Dos tubos seda núm. 2.

Una jeringa de 2 c. c., con agujas.

Diez ampollas cafeína.

Diez ídem ergotina.

Diez ídem aceite alcanforado.

Doce ídem suero antitetánico.

Doce ídem íd. antigangrenoso.

Diez ídem cloruro mórfico.

Veinte gramos antipirina en 80 comprimidos.

Diez gramos láudano.

Cincuenta gramos seroformo.

Veinte gramos aspirina en comprimidos de 50 centigramos.

Una tijera recta.

Una ídem curva.

Una pinza disección.

Una sonda acanalada.

Tres agujas aceite.

Tres agujas para sueros.

Una jeringa de 5 c. c.



El médico del batallón debe conservar el enlace para el abastecimiento de los puestos de socorro (fig. 2).

Por último, al llegar al puesto de evacuación y clasificación se les hará la ficha, y unos heridos, por urgencia en su tratamiento, pasarán al Hos-

pitál móvil-Equipo quirúrgico y otros que sean de menos gravedad y urgencia pasarán al Hospital-base. El Hospital móvil-Equipo quirúrgico (fig. 3) estará situado en barracón para desmontarle fácilmente, a una distancia media de 30 a 35 kilómetros de la línea de fuego, para que el trabajo quirúrgico sea de facilidad y de garantía para el herido, colocando el Hospital sobre un punto estratégico que domine las partes de la línea, cerca de carretera para facilidad de evacuación, estando el puesto de socorro de evacuación a diez kilómetros, teniendo en cuenta que en la distancia media entre el Hospital móvil y el puesto de socorro de eva-

cuación y clasificación estará un intermedio sanitario para un caso imprevisto, que es la Comandancia de Sanidad. En este Hospital móvil-Equipo quirúrgico es donde los servicios se pueden prestar con más precisión en curas urgentes y ligaduras de va-

Necesitamos de todo un poco

El Ejército republicano necesita para su triunfo en las ofensivas una buena preparación artillera, como artillería contra aeronaves, lo mismo que la buena actuación de la Aviación leal y otros pormenores bélicos que la guerra precisa. Con esto y una alta moral en el combatiente, el triunfo en las operaciones es rotundo. Ya sabemos que van ligadas estas cosas la una a la otra; si una de éstas falla, no creo se consiga nada, y digo esto por experiencia.

Hace no mucho tiempo operaron en el frente de Teruel, sector Albarracín, unas Brigadas, las que llevaban un dinamismo y una moral muy altas, las que dieron un buen rendimiento; y la prueba de ello está en haber conseguido unas posiciones tan importantes como consiguieron. Pero he aquí que del material bélico que debían disponer no tenían más que una pequeña parte de artillería, con la cual no cubría toda la envergadura que tenía que llevar la operación, que empezó a enflaquecer hasta el extremo que el enemigo, en sus contraataques, no hallaba respuesta con nuestra artillería; sin embargo, la de ellos iba en aumento, hasta el extremo de hacer un fuego sobre nuestras posiciones de más de 1.800 cañonazos diarios, con su correspondiente Aviación, haciendo fuego y bombardeo rasante sobre un reducido trecho de frente, que es el que necesitaban para conquistar lo que habían perdido y que para ellos era muy importante; tanto más era para nosotros.

En estas operaciones se ha visto muy claro la alta moral que poseían nuestras fuerzas, las cuales, sin apoyo artillero, lograron resistir durante seis días en las posiciones conquistadas al enemigo y en nuestro

poder el pueblo, excepto la Catedral y el Palacio, edificios que son fortalezas y que para tomarlos se precisaba algo potente que lograra abrir brecha, para, al fin, poderlo conquistar igual que se fueron conquistando otros edificios, a base de la alta moral que allí existía y a fuerza de bombas de mano.

Esto quiere decir que para conseguir objetivos es necesario el material bélico que la guerra en sí precisa y una buena y alta moral en el combatiente; lo uno va ligado a lo otro; si uno de estos factores falta o falla, no se consigue nada, y ya que ha faltado para conquistar algo muy importante como era cortar las comunicaciones de Teruel con Zaragoza, y faltó el factor bélico, procuremos ahora que el factor moral no falte, que es tan importante o más que el otro. Y esto se consigue fácilmente.

Una de las Brigadas que operaron en dicho sector y tan resonantes triunfos se llevó y que también ha sabido resistir al enemigo invasor, dejándose en el campo jirones de buenos compañeros de la Brigada, y el resto que quedaron juraron vengar mil veces la muerte de estos que también supieron morir por la causa, pues la moral no es que la hayan perdido, pero necesitan darla un poco de vida, y esta se le da concediendo permiso a estos valerosos compañeros combatientes de la Brigada 59, para poder dar un fuerte abrazo a sus familiares y seres queridos que tienen en la retaguardia.

Mariano M. GONZALEZ

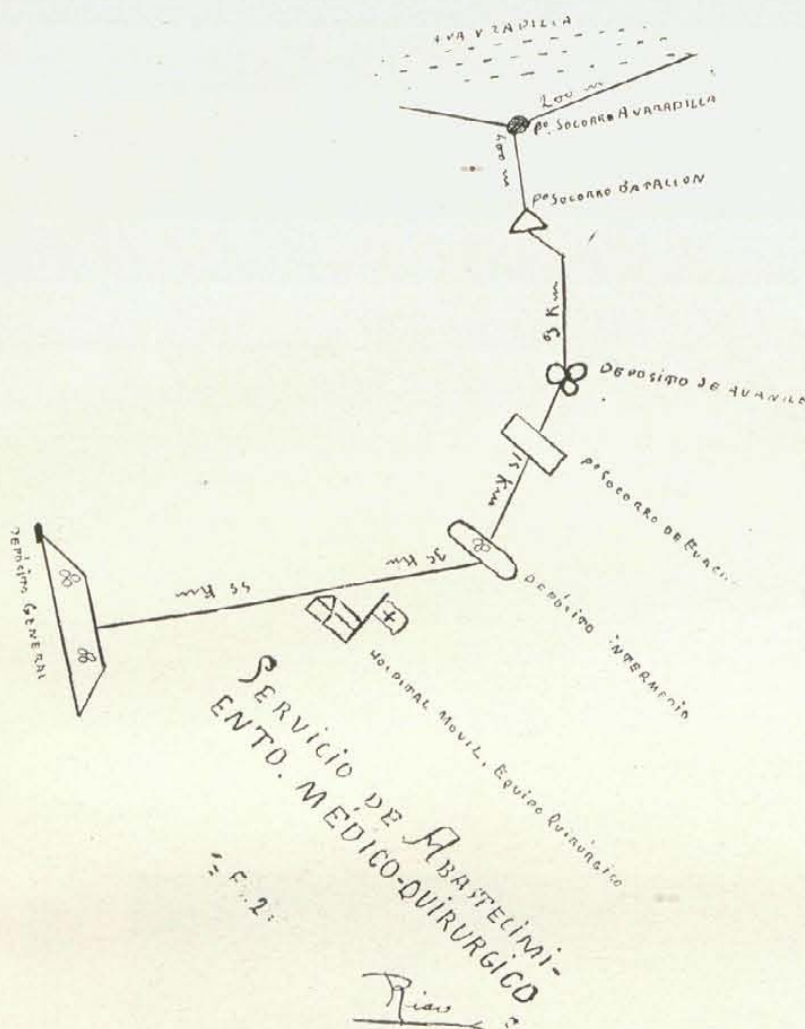
Delegado político de la Compañía de Transmisiones de la 59 B. M.

El Sitio Bajo, 27-9-937.

Francisco RICO

Capitán médico de la 59.ª Brigada Mixta, batallón 42.

Cuenca, 22 agosto, 937.

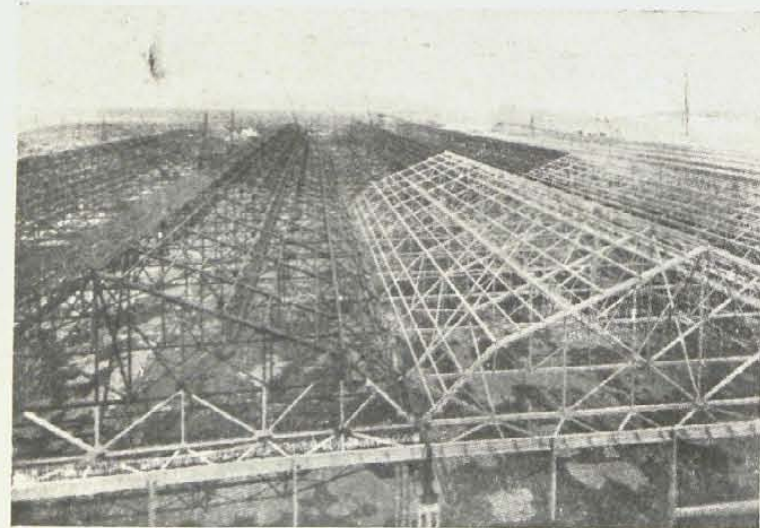


pitál móvil-Equipo quirúrgico y otros que sean de menos gravedad y urgencia pasarán al Hospital-base. El Hospital móvil-Equipo quirúrgico (fig. 3) estará situado en barracón para desmontarle fácilmente, a una distancia media de 30 a 35 kilómetros de la línea de fuego, para que el trabajo quirúrgico sea de facilidad y de garantía para el herido, colocando el Hospital sobre un punto estratégico que domine las partes de la línea, cerca de carretera para facilidad de evacuación, estando el puesto de socorro de evacuación a diez kilómetros, teniendo en cuenta que en la distancia media entre el Hospital móvil y el puesto de socorro de eva-

suos; su personal estará constituido por dos capitanes médicos, dos tenientes practicantes y seis sanitarios con dos ambulancias de servicio.

En esta clase de Hospitales es donde se verifica más trabajo, porque al estar cerca de la línea de fuego se está en contacto directo con los combatientes y se pueden estudiar mejor las cuestiones tácticas de la Medicina y observar las evacuaciones.

El trabajo, factor decisivo de la victoria



La guerra con sus gigantescas necesidades, no sólo ha dejado a un lado el fragor constructivo de las industrias, sino que ha impulsado éstas a un ritmo vertiginoso. Transformando casi todo el dinamismo industrial en beneficio de las exi-

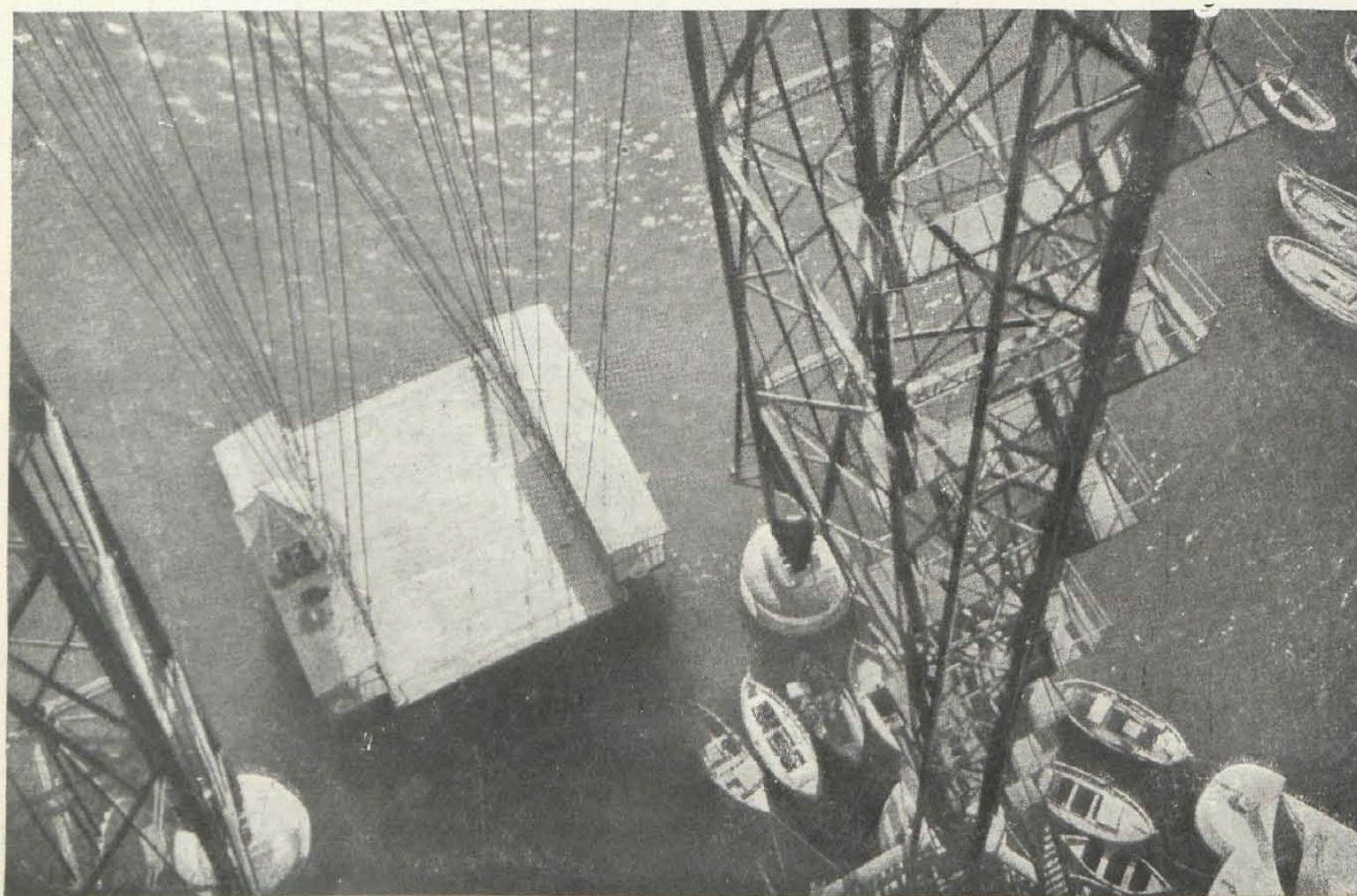
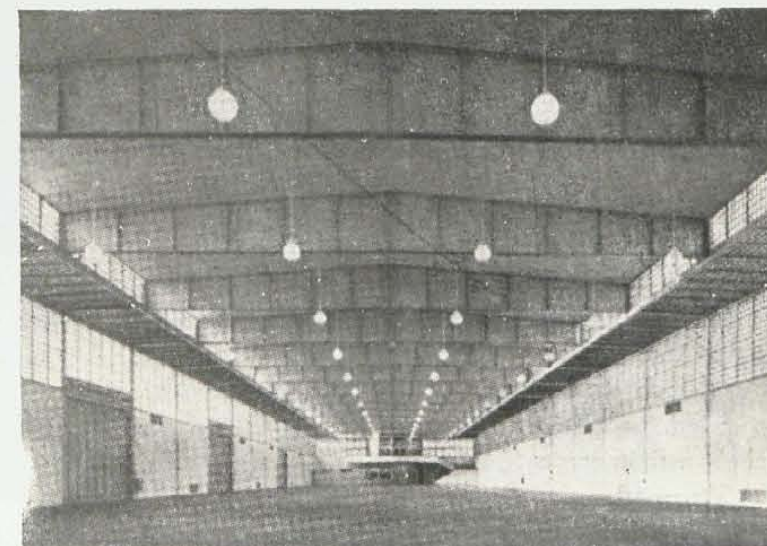
gencias de la lucha, el obrero antifascista ha puesto a prueba su capacidad, al emplear sus energías en improvisaciones técnicas, que se han convertido a poco, en magníficas realidades. Y de ahí, que podamos asistir al espectáculo bri-

llante de ver en funcionamiento progresivo la mayor parte de las actividades de la industria nacional.

Asombra ver el trabajo entusiasta de esas legiones de obreros que alternando el fusil con el torno o la ametralladora en la fundición, laboran callada y patrióticamente, en jornadas intensivas que nada tienen que en-

vidiar a las horas de sacrificio en los puestos avanzados de peligro. La transformación sólo, de las industrias destinadas a la superficialidad y al lujo, en industrias urgentes de guerra, constituyen un ímprobo y silencioso esfuerzo. La canción del trabajo, adquiere en estos instantes categoría de sinfonía épica. Construcciones, trans-

porte, electricidad, mecánica en todas sus facetas; he ahí, la gran meta del dinamismo actual. Para los que todavía cucos y malintencionados gustan del placer morboso de enquistarse en la negación del trabajo, estas fotos elocuentes, con que ilustramos estas páginas deben ser el trallazo más eficaz y contundente contra su fascismo destructor. Si es verdad que el movimiento se demuestra andando, el obrero antifascista español al capacitarse intensivamente para pruebas afanosas y definitivas que habían de contribuir a forjar la victoria del pueblo, han hecho verdad ese apotegma, conminando más que de prisa, hacia un desenvolvimiento industrial que es hoy ejemplo y honra de un proletariado, que merecía y merece por todos conceptos, marchar a la cabeza de todas las direcciones y de todas las evoluciones progresivas.



De un soldado del pueblo * * * a sus hermanos.

¡¡Unión!! ¡¡Unión!! ¡¡Unión!!

¿Recordáis, queridos hermanos, los dos meses que antecedieron a aquellas elecciones del 16 de febrero de 1936, para siempre inolvidables? ¡¡Pensad en aquellas fechas!! Recordad, pues, que mientras luchaban titánicamente las extinguidas—para siempre—clases de derechas, nosotros, con un talento sin límites, con una visibilidad política sin comparación, y sobre todo con unos deseos irrefrenables de triun-

Parodiemos en estos magníficos instantes de fervor y entusiasmo aquellos meses que precedieron a las elecciones, y unámonos en esta otra frase tan bonita, tan bien sonante y de evidente eficacia: **Frente Unico Antifascista**, y no dudéis, hermanos de la España leal, trabajadora y, sobre todo, honrada, que venceremos y con esto daremos fin a la guerra, a esta guerra que ya es hora de terminarla en bien de todos, pero, principalmente, en bien de esas madres y de



Cuando preparaban la espléndida cosecha expuesta a todos los rigores, los obreros del campo, en una función fraterna, alternaban el arado con el fusil...

con gran disgusto siempre e indignación la mayor parte de las veces, observo entre las organizaciones por medio de sus periódicos, merman extraordinariamente la rapidez en el triunfo final?

¿No os parece que es una insensatez, comunistas, ugetistas, cenetistas, perder el tiempo en discusiones baldías teniendo un objetivo por encima de toda organización, cual es vencer al fascismo? Terminemos la guerra, pues de lo contrario sería tanto como dar al enemigo armas para seguir resistiendo nuestro impulso arrollador.

Pensad bien en estas líneas,

nacidas como al socaire de una discusión en un período de interpretación y ejemplo, como con buena fe han sido imaginadas.

No lo olvidéis, hermanos: El triunfo, la terminación de la guerra y, como consecuencia, la paz y felicidad de España, y con ella la del mundo entero, se encierra en esta hermosa frase, sólo comparable a la del Frente Popular: **Frente Unico Antifascista**.

Donato N. GALLARDO

Comandante médico. Jefe de Sanidad. 59 Brigada mixta.

El Sitio Bajo, 27-9-1937.



De los pueblos humildes, salieron juntos, inspirados en una unidad, los que habrían de sellar esta comunión, en el frente de batalla.

far, engendramos aquel macizo, aquella magnífica—nunca bastante gigante—frase: **Frente Popular**, que originó nuestra rotunda victoria.

Pues vosotros sabéis, como yo, que pese a la raigambre de nuestra tendencia izquierdista existente en la mayor parte de los que somos españoles (demostrado está con suficiencia, que los de la otra España, esa España que nos han robado para entregársela a esos sinvergüenzas y criminales «alemanoides» y «bambinos»), sabed, repito, que de no habernos unido en esa hermosa frase de **Frente Popular**, todos los izquierdistas no hubiéramos ganado las elecciones.

esos hermanitos—muchas veces hijos—que llevan catorce meses soportando los efectos demoledores de su salud como son el llanto, la intranquilidad, la hipoalimentación, cuando no la muerte por la criminal metralla extranjera.

¿Forma de terminarla? **Frente Unico Antifascista**; pues la guerra la ganamos, sin duda alguna, pero es que además podemos y debemos hacerla más corta. Siendo así estamos obligados a no regatear medio alguno para conseguirlo. ¿C ó m o? Repitámoslo: **Frente Unico Antifascista**. ¿No os parece, hermanos de lucha contra el invasor, que las diferencias y rencillas que



Las granjas avícolas, intensificadas en su producción, contribuyen al principio de unidad, asegurando el abastecimiento de los que luchan.

* La ignorancia esclaviza al hombre. *

España ante el mundo

La política internacional reacciona a nuestro favor

por Santiago Fuentes, Comisario de Agitación y Propaganda.

La situación internacional, como las guerras, es un verdadero juego de azar. Muchas veces se inclina decididamente a favor de una política; pero cuando ya parece está decidida definitivamente, un suceso cualquiera la hace cambiar de ruta rápidamente.

Hoy, si no de una forma absoluta, sí bastante visiblemente, la diplomacia europea y norteamericana toma rumbos interesantes que favorecen a la España antifascista. Sin embargo, esta situación favorable no puede hacernos confiar demasiado y olvidar las exigencias de nuestra guerra. Lo mismo que algunos sucesos felices han hecho cambiar la posición de las democracias mundiales, otros sucesos aciagos pueden hacerla variar en nuestro perjuicio. La fortuna es voluble y hemos de desconfiar en ella.

El hundimiento por la flota italiana de barcos mercantes ingleses, españoles, daneses, suecos, franceses y de otras naciones fueron caldeando el ambiente internacional y transformándolo de pasivo en hostil contra la nación pirata. Esta hostilidad se acentuó con el torpedeamiento de los buques españoles «Armuro» y «Ciudad de Cádiz», en aguas turcas, que hizo al Gobierno de Turquía tomar resoluciones enérgicas contra los submarinos piratas, para vergüenza de la «reina de los mares», Inglaterra, que no sólo dejaba que Italia hundiese barcos mercantes y de guerra españoles, sino que también veía pasivamente el hundimiento de sus mismos barcos.

Pero a pesar de este ambiente hostil antiitaliano, Mussolini, paranoico perfecto, seguía creyendo que sus gestos de payaso asustaban al mundo. Y un día rugió, en un ges-

to de César, que jamás consentiría que el bolchevismo se implantara en el Mediterráneo. Y quiso llevarlo a cabo hundiendo dos barcos soviéticos, el «Timiriazef» y el «Blagoef», creyendo, sin duda, que su provocación saldría victoriosa y Rusia se callaría cobardemente, como lo hicieron otras naciones. Pero ha resultado que Rusia no se ha callado y ha hablado de una forma muy poco tranquilizadora para el fantoche de Italia, que, por cierto, no ha replicado con aquellos desplantes de chulo a que nos tenía acostumbrados. El «enano de la venta» ha quedado descubierto.

He aquí la delicada e interesante situación internacional. Inglaterra, Francia, Turquía, Bulgaria, Grecia y otros muchos Estados del Mediterráneo, que ven amenazada la paz mundial por unos corsarios irresponsables, están reunidos para tratar el problema mediterráneo. La Sociedad de Naciones tratará sobre el problema español. Rusia, enfrentada decididamente con Italia. ¿Qué salida se hallará a esta situación? Desde luego confiamos, ¡por primera vez!, que la solución no puede ser muy buena para la Internacional fascista (Japón, Italia, Alemania y Portugal).

Sería interesante saber los pensamientos de Mussolini en estos momentos. Porque Mussolini, aunque provocador, engreído y déspota, no es tan tonto que no alcance a ver la magnitud del conflicto donde se ha metido. Y el conflicto, claramente, es éste: La posibilidad de que Rusia, si Mussolini no indemniza al Estado soviético del hundimiento de sus dos barcos mercantes y castiga a sus autores, que no han hecho más que cumplir órdenes del Gobierno italiano, tome represalias contra la flota mercante y de guerra italia-

na. Si Mussolini atiende la petición de Rusia, sería tanto como demostrar su miedo al estado soviético, lo que iría en desdoro del «Imperio italiano». Si no la atiende, corre el peligro de que le hundan algunos barcos, obligándole a una declaración de guerra o poco menos. El dilema no puede ser más grave. Porque, en caso de guerra de Italia con Rusia (Mussolini sabe que Rusia no es Abisinia), el desenlace guerrero estaría claro desde el primer momento. Rusia tiene cerca de 170 millones de habitantes; puede movilizar inmediatamente más de 20 millones para la guerra; disfruta de una flota marina considerable y de la aviación más poderosa del mundo; conserva un Ejército numerosísimo y disciplinado y una gran cantidad de unidades motorizadas; su artillería y sus tanques son numerosos y potentes; su cuadro de oficiales y jefes capacitadísimo y con una moral insuperable. En potencia económica, es la nación más fuerte del mundo. Tiene, además, en todos los países millones de trabajadores (socialistas, comunistas y anarcosindicalistas) que, en caso de apuro, se levantarían como un solo hombre para sabotear y boicotear toda clase de armamento, víveres y municiones que sus naciones enviaran al país en guerra con Rusia. Frente a esta fuerza formidable y poco menos que invencible, ¿qué podría movilizar Mussolini? Italia no pasa de 37 millones de habitantes. Italia no es rica en productos. Sus reservas económicas son reducidísimas a consecuencia del desgaste sufrido en la guerra con Abisinia. Tiene que tener constantemente un Ejército de ocupación en Abisinia, que constituye una sangría terrible para su economía. No puede movilizar, en caso de guerra con

Rusia, más allá de cinco millones de habitantes. Su flota y su aviación no son muy potentes. Su cuadro de oficiales y sus unidades motorizadas y su Ejército regular han demostrado en la guerra europea y en la guerra con España, que al menor empuje del enemigo se deshacen y huyen como gamos. Tiene, también, un movimiento antifascista dentro de su mismo país que dificultaría sus operaciones. Está claro, pues, que su derrota sería fulminante.

Esta es nuestra situación actual. No puede ser, como se ve, más sonriente. Esperemos los acontecimientos, que seguramente serán interesantísimos.

Pero no esperemos durmiendo. Nuestra guerra, aunque desde fuera se nos facilite la victoria, la hemos de ganar nosotros. El triunfo lo hemos de conquistar únicamente los españoles, el gran Ejército popular, sus quinientas mil bayonetas revolucionarias.

La favorable situación internacional debe servirnos de estímulo para luchar con más tesón, con más ardor, con más desprecio a la vida. La victoria puede y ha de ser nuestra.

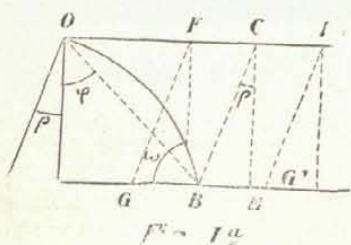


La Escuela de Aeronáutica

Teoría del bombardeo

Después de las someras ideas de artículos anteriores sobre bombas y espoletas, pasaremos a dar un conocimiento sucinto sobre la teoría de bombardeo.

Si un avión **O** (fig. 1.^a) vuela con una velocidad uniforme recorriendo la recta horizontal **OC** y suelta una bomba, ésta recorre una curva **OB** (según los cálculos balísticos de la trayectoria) produciendo en el suelo un impacto **B** en el momento que el aparato se encuentra en **C** la curva **OB** se llama **trayecto-**



ria real de la bomba; la distancia **AB** **alcance**; el tiempo que tarda en llegar al suelo, **tiempo de caída**; la velocidad con que vuela el avión, **velocidad propia**, y con la que la bomba llega al suelo, **velocidad remanente**. Esta velocidad será tanto mayor cuanto mayor sea la altura de vuelo y menor la resistencia del aire, y como ésta crece con el cuadrado de la velocidad que lleva la bomba, llega un momento (si la altura es grande) en que la resistencia es igual al peso de la bomba, equilibrándose estas fuerzas y no aumentándose más la velocidad de la bomba, continuando su descenso con velocidad uniforme, igual a la que ha producido este equilibrio y que se llama **velocidad límite** o **velocidad final**, la cual crece a medida que es más fuselada la bomba y para bombas semejantes aumenta con el peso de ellas. En las bombas corrientes alcanza velocidades de 200 a 300 metros.

Las bombas de pequeña velocidad límite pueden adquirirlas prácticamente en la atmósfera lanzadas de 3.000 a 4.000 metros; las de gran velocidad límite necesitarían al-

turas enormes para alcanzar esta velocidad.

La velocidad límite es necesario sea grande para que el bombardeo sea más preciso y alcanzar mayor efecto destructor, por llegar al suelo con gran velocidad remanente.

La recta **OB** se llama **línea de puntería**, y el ángulo que forma con la vertical, **ángulo de tiro**.

El ángulo que la tangente a la trayectoria forma en el punto de caída **B** con la horizontal, se llama **ángulo de caída**.

La bomba cae en el suelo retrasada con respecto a la vertical **CE** del avión en la cantidad **BE**, a esto se llama **retraso** y se representa por **R**. El aviador la ve en ese momento sobre la línea **CB** llamada **línea de retraso**, que forma con la vertical el ángulo denominado **ángulo de retraso**. Refiriendo la caída de la bomba al avión, se puede suponer que ella ha recorrido la trayectoria **CB** llamada **trayectoria relativa**. Por esta trayectoria vería bajar la bomba un observador que, situado fuera del plano de la figura, prescindiera de mirar al terreno y sólo observara el movimiento relativo de la bomba al avión. El bombardero que la lanzó la verá alejarse por un punto por la línea **CB**.

Por métodos balísticos se determina para cada tipo de bomba y velocidad propia determinadas, el tiempo de caída, ángulo de tiro, alcance, trayectoria real, retraso y ángulo de retraso. Todos estos elementos varían fijada la bomba con la altura y la velocidad propia; pero para facilitar se supone, sin gran error, que para una velocidad fijada en el ángulo de retraso es constante a todas las alturas, y que para una altura dada los tiempos de caída son iguales, aunque varíe la velocidad.

Todo lo expuesto es, partiendo del supuesto, que el aire en que se mueve el avión está en reposo; vamos a ver las variaciones introducidas

por el aire en movimiento en la trayectoria.

El avión dentro de la masa de aire se mueve en las mismas condiciones, ya esté el aire en calma ya esté en movimiento, es decir, su velocidad propia **Va** y su dirección (rumbo) dentro de la masa de aire será la misma. La bomba caerá con respecto al avión y a la masa de aire en la misma forma que si ésta no se mueve; únicamente a su llegada al suelo y referir su movimiento a éste, se notará el efecto del viento. Es decir, el tiempo de caída, ángulo de caída, la velocidad remanente y el ángulo de retraso, serán los mismos; el alcance y ángulo de tiro habrán variado.

Se supone que el viento es constante en dirección e intensidad en todo el espacio comprendido en el recorrido de la bomba.

Viento de frente o de cola. Si la velocidad del viento es **W** (fig. 1.^a) de la misma dirección y sentido contrario a la marcha del avión (viento en contra), tendremos que el tiempo **T** de caída de la bomba ésta, con la masa de aire y avión, se habrán trasladado hacia atrás una cantidad **Wt** y el avión estará entonces en **F** y la bomba en **G** en vez de llegar a los puntos **C** y **B**, como hubiera ocurrido en viento en calma.

El alcance será: $AG = AB - BG = X - Wt$.

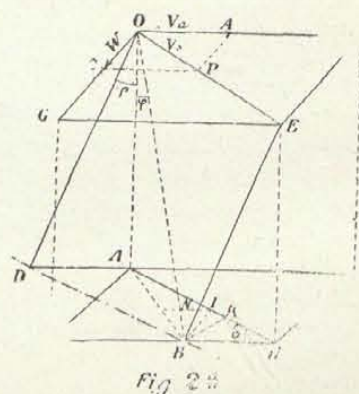
Si el viento fuese a favor (de cola), el alcance sería $AG' = AB + BG' = X + Wt$, fórmulas poco prácticas, obteniendo las usuales haciendo intervenir el recorrido del avión durante la caída de la bomba.

En el tiempo **t** el avión ha recorrido en el aire la recta $OC = V_{at}$, sin viento el alcance sería $X = AB = AE - BE = V_{at} - R$ siendo **R** el retraso. Si existe un viento **W** será: $X = V_{at} - R - Wt = (V_a - W)t - R = V_{st} - R$, fórmula en que **Vs** es la velocidad con relación al suelo.

Si el viento fuese de cola

$X = (V_a + W)t - R = V_{st} - R$. Vemos, pues, que la fórmula general del alcance, cualquiera que sea la velocidad del viento, en la misma dirección o contraria que el avión, es: $X = V_{st} - R$, y como en el triángulo **CBE**, $BE = Atg \varphi$ será igual a $V_{st} - Atg \varphi$, es decir que, conociendo la altura de vuelo, el tiempo de caída y el ángulo de retraso, se tiene la fórmula para el alcance en función de la velocidad **Vs**, que se puede medir cronometrando desde el avión el tiempo que tarda en recorrer una distancia conocida.

Viento de costado.—Si el viento tiene una dirección oblicua a la marcha del avión, éste marchará respecto al suelo con una velocidad resultante de la propia y de la que lleva el viento (fig. 2), o sea con una velocidad **Vs** y en la dirección **OP**; al cabo del tiempo **t** habrá recorrido la recta **OE** resultante también de **OF = Va** y **OG = Wt**. La bomba que quedará retrasada la cantidad **R** en la dirección del eje del avión (pues



la trayectoria relativa está dentro del plano del eje del avión y es indeformable con el viento) caerá en **B**. Siendo en este caso también la fórmula del alcance $X = V_{st} - R$, teniendo en cuenta que **R** debe medirse en la dirección del eje del avión, y **Vst** en la dirección de marcha del avión con relación al suelo (ruta).

GUAYABO

(Continuará.)

EL NIDO DE LOS VOLCANES

La palabra «nido» perdió su viejo prestigio de cosa placida y acogedora, de lugar cálido y amoroso de que hasta la presente época estuvo prestigiada. Nido de amor, nido de cultura, nido de sosiego, son conceptos que cristalizaban en la mente humana como colmos de felicidad, como exponentes máximos de la vida regalada y honesta.

Pero ha llegado la época de los amplios sistemas de opresión y de explotación inicua del hombre por el hombre; la época en que éste ha sido superado por el egoísmo y la locura de la posesión de lo propio y de lo ajeno; la época en que la conciencia es un estorbo, la fraternidad un mito y la justicia una burla; en que el hombre inventa explosivos exclusivamente para el exterminio de sus semejantes, aceros especiales para construir armas y metales ligeros como cañas propios para los esqueletos de las águilas artificiales, y la palabra «nido» pierde su aspecto placido y se convierte en concepto terrorífico y amenazante.

Véanse si no las actuales expresiones de «nidos de ametralladoras», «nido de submarinos», «nido de aviones» y aun «nido de tremendos acorazados», ampliando así, después de haberlo transformado por completo, el concepto «nido» hasta proporciones gigantescas capaces de cobijar y contener docenas de corpulentos navíos dotados de apéndices guerreros como monstruosos erizos dispuestos a la defensa y al ataque.

Estamos, pues, en el terrible momento histórico de la subversión del concepto «nido», que no significa ya una cosa buena, sino una cosa mala; no algo amable, sino algo aborrecible; no un objeto atrayente, sino un objeto repulsivo, cruel y bárbaro.

Pero existe, desde la formación del planeta en que vivimos, y como consecuencia de su misma formación, otro nido, el más grande, el más terrible: el nido inmenso de los volcanes, que es la masa ígnea que rellena la delgada película de rocas a la que damos el pomposo nombre de corteza terrestre para engañarnos a nosotros mismos y sentirnos fuertes y seguros.

Un poeta dijo que nuestro

planeta es un pelotón de barro con una brasa dentro, y seguramente ningún científico halló jamás una definición más justa y acertada que la de este hombre sin ciencia, que la de este ser sensible a la realidad.

Flammarion propuso perforar la corteza terrestre hasta encontrar el nido de los volcanes, el fuego natural del corazón del mundo, pues en una peroración creía encontrar innumerables arcanos en favor de la especie humana. Esta empresa es imposible de realizar por razones de construcción práctica insuperables por el hombre; pero de ser posible abrir semejante boquete, no hubiera servido más que para dar nacimiento a un volcán más, para abrir una nueva válvula a la expansión interna del planeta, para exteriorizar el «nido» presionante y rugiente que sólo busca una grieta, una puerta, por angosta que sea, para verter al exterior sus caldos de rocas fundidas, proyectadas por las formidables explosiones de las aguas infiltradas hasta las regiones candentes por el tirón constante de la fuerza de la gravedad.

Los volcanes jalonan a lo largo de las cordilleras, que son arcos salientes, o en la extensión de las grandes depresiones, que son bóvedas invertidas, con líneas de antorchas encendidas, la existencia de las heridas terrestres o de sus cicatrices, que en Geología se llaman líneas de tectonización. Y lo maravilloso es que las energías de esa luz y de ese calor pudiéramos decir que son energías fósiles, energías conservadas en el seno del planeta desde que éste dejó de ser un sol con luz propia y calor sobrado para tener fundidos en la superficie todos los materiales sólidos que hoy conocemos, y, además, para mantener en forma de vapores todos los líquidos y otras sustancias que actualmente, precipitadas, constituyen los mares y otras riquezas que el hombre persigue con codicia.

Alguien preguntará: ¿Dónde estaba entonces el germen de la vida, cómo pudo sufrir las temperaturas de fundición y los enrarecimientos de laboratorio para aparecer después en las mil formas, todas delicadas y supersensibles con que la conocemos y aun la lleva-

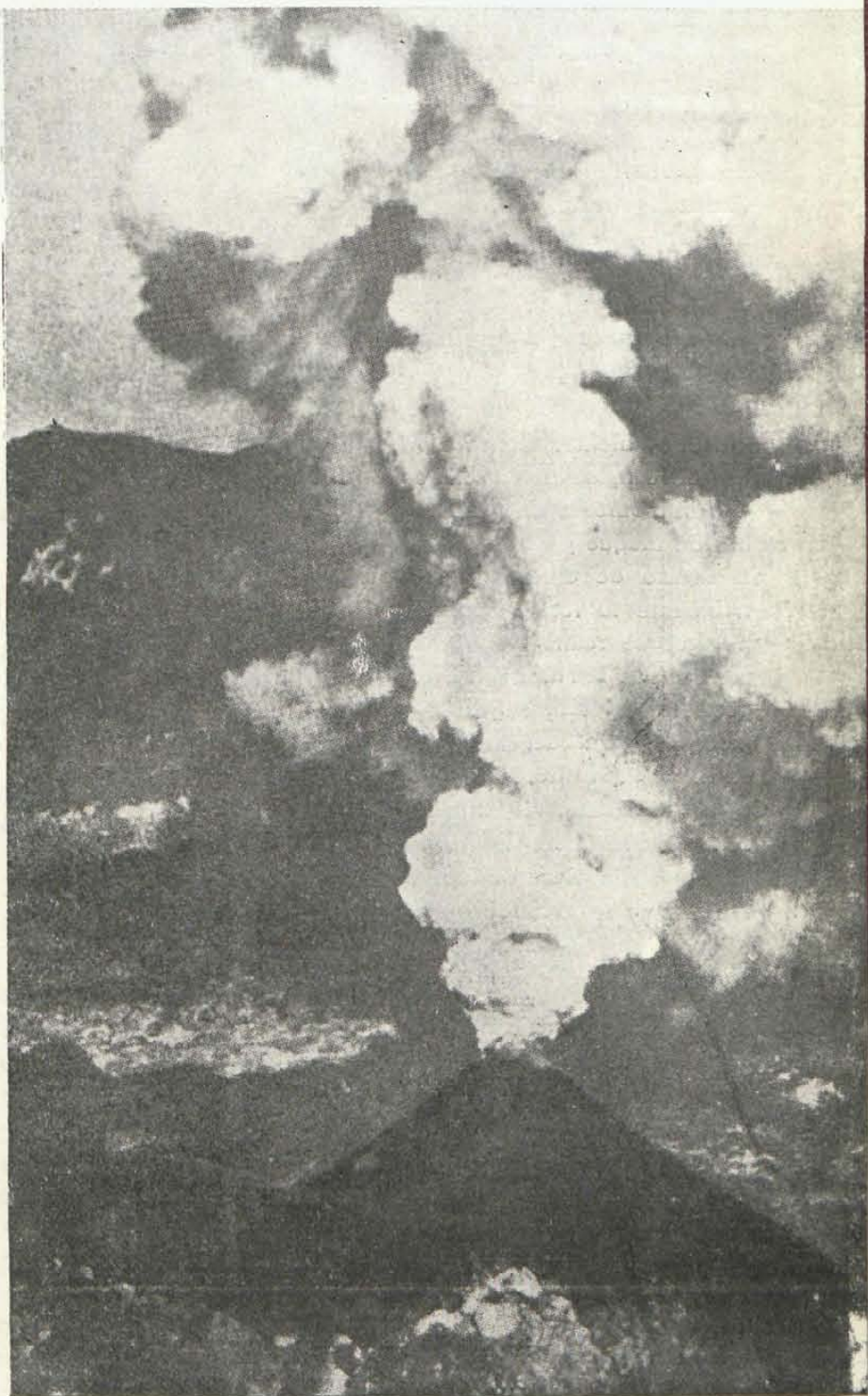
mos en nosotros mismos?...

Hemos llegado de propósito a esta gran interrogación, en cuya incógnita se incluye el máximo concepto de fraternidad, no ya humana, voluble y variable, sino interplanetaria, universal y eterna, que hermana los astros en su objetivo final, en el de la posesión de la vida mediante procedimientos ignorados por los hombres, pero supuestos, los cuales muy bien pueden serle sugeridores de las ideas fundamentales de su definitiva conducta de mutua colaboración.

El nido de los volcanes, el fuego interno del planeta, repele la vida, la expulsa y extermina; y, sin embargo, la vida se produce, se precipita sobre las primeras costras recién enfriadas del planeta; se desarrolla, se reproduce y se

transforma en mil facetas, gracias a la cualidad de refractarias de tales costras, gracias al concurso del agua y gracias a la tenacidad de los elementos vitales: primero, de las plantas; después, de los animales, y, finalmente, de las razas humanas.

Tomemos ejemplo de estas titánicas luchas naturales, ante las cuales las que han inventado los hombres, dentro de la pobreza de su espíritu y el ínfimo alcance de sus medios, son insignificantes como choques materiales; pero, por desgracia, demasiado importantes para su desmoralización y su desprestigio, pues si el hombre no puede cobijar en su pecho un nido de volcanes, puede contener en su alma algo peor, como es un nido de odios injustificados...



Las "novedades" bélicas.

Guerra Química

Muy elevada es la función que nos proponemos llevar a cabo y extremadamente modestos los medios que contamos para ello.

Hemos denominado genéricamente «Guerra Química» una serie de trabajos que, con la pretensión de vulgarizar los conocimientos que atañen a esta modalidad del arte de guerrear, si como tal podemos considerarle, ponemos a disposición de nuestros semejantes a fin de hacerles partícipes por todos los medios posibles de difusión y propagación de cuestiones tan importantes en los momentos presentes, cuando la historia se repite y las distintas generaciones inventan nuevas modalidades, nuevas formas de combate, efectivas desde el punto de vista bélico, sangunarias y criminales en cuanto a la Humanidad se refiere.

Naturalmente, desde los primeros vestigios de la lucha entre los nombres surge el medio de ataque y, lógicamente, el medio de defensa. Primitivamente la lucha entre los pueblos se realizaba con los medios que la Naturaleza proporcionaba, utilizándose las piedras; más tarde, los hierros en forma punzante, las flechas, y, últimamente, el hombre, conforme adquiere más cultura, sigue su carrera de medios destructivos, buscando la colaboración y alianza de la Ciencia.

Así ocurre que cuando la pelea era con lanzas, el contrario utilizaba petos o corazas; cuando la lucha se llevó a cabo por medio de la pólvora, se pensó en la construcción de trincheras y parapetos que hicieran ineficaz la acción de la misma; cuando por medio de gases, se inventaron las caretas.

La guerra en todas épocas,

¡A pecho descubierto!



Frente al enemigo, coraje y corazón.

por benigna que resulte, es criminal. Ahora bien; una vez declarada ésta, por razones tal vez poderosas según los bandos beligerantes y a su modo de ver, cada uno de los grupos luchadores trata por todos los medios posibles a su alcance de eliminar al contrario o, al menos, causarle el máximo quebranto, modo de acelerar la victoria.

Camino obstaculizado por grandes diques y valladares es el que impide elevarnos a las alturas en que nos fuera posible otear el horizonte, viendo en la llanura cómo unas razas, cómo unos pueblos se amaban a los otros con el cariño de hermanos, cómo trataban de ayudarse mutuamente, procurando un bienestar común, alcanzando de esta forma la cumbre de los ideales.

Trabajo arduo y penoso sería arrancar de las entrañas de un proceloso y profundo océano de secretos los inventos y novedades bélicas que para el futuro guardan los Estados de todos los países civilizados que, con la careta de organismos pacificadores, pretenden encubrir su presente.

La llamada «guerra química» puede decirse que da comienzo con el empleo de la pólvora, toda vez que entra dentro de este grupo al desprender óxido de carbono, si bien la «guerra química» se la conoce como tal, adquiriendo su máximo apogeo, durante la última campaña 1914-1918, tomando como primera manifestación de esta fatal innovación a partir de las primeras horas de la mañana del 22 de abril de 1915, cuando los

Imperios Centrales utilizaron densas nubes de cloro contra las tropas aliadas, causándolas cuantiosas pérdidas.

No obstante el Tratado firmado en 29 de julio de 1899 por las potencias europeas para evitar el empleo de gases asfixiantes o deletéreos en las futuras guerras, y ratando a los acuerdos adoptados en la Conferencia celebrada en La Haya el 30 de noviembre de 1912, fue tal el desenfreno adquirido en esta danésca fase de la Guerra Europea, que, tan pronto como apareció el cloro, se utilizó el fosgeno por los franceses, siguiendo en su empleo por los alemanes el uso del dióxido de nitrógeno, iperita y las diversas arsinas.

La firma del armisticio en 11 de noviembre de 1918 impidió que se pusiera en práctica el uso de un compuesto de naturaleza vesicante, que denominado por los norteamericanos «rocío de la muerte», fue preparado por el profesor Lee Lewis. Este nuevo gas, conocido con el nombre de lewisita, hizo concebir grandes esperanzas a los que le habían de usar, pues andaban la creencia de destruir Berlín con el solo empleo sobre el mismo de doce bombas de esta naturaleza. Parece ser que sus efectos eran exagerados, ya que bastan pequeñas cantidades de agua o humedad para hidrolizarle.

En sus distintas modalidades, los agresivos químicos pueden ser clasificados en tres grandes grupos: explosivos, incendiarios y tóxicos, quedando todavía las nubes y cortinas de humos, meramente secundarios o auxiliares, de finalidad táctica.

A la guerra química suele llamársele también aérea, porque vive en el aire, suponiendo de una parte el peligro aéreo y de otra la defensa anti-aérea.



INDICE

LO QUE NOS ENSEÑA LA PRACTICA

Cuando estalló el extenso pronunciamiento militar—muy siglo XIX—, se hubo de plantear el problema al que tácticos y estudiosos dedicarían su atención cuando puedan ser ampliamente conocidos los datos. Fuente de experiencia será el saber qué se hizo, qué no se hizo, señalar los aciertos, averiguar los errores si se cometieron y dilucidar si pudieron evitarse la transformación de una asonada en una guerra.

Aún no es hora de intentar indagación alguna, ni menos de enjuiciar. Ante el hecho, sólo cabe lo que recomienda el viejo refrán: pecho.

El segundo problema será más amplio. Se tratará de fijar los perfiles y características de los dos combatientes, que, a largos trazos, puede señalarse así: una oficialidad rebelde a la que se unen—por las buenas y por las malas—unos grupos políticos.

Puede creerse que incluso los partidos más militaristas no están conformes en la totalidad de sus afiliados con un movimiento centrado en el viejo ejército. La solera liberal era muy fuerte, si no no se explica que un partido que pedía «todo el poder para el jefe» y ocupó el ministerio de la Guerra, no intentara el golpe de Estado; por otra parte, el experimento de la dictadura está demasiado reciente en el recuerdo, y para complicar más una situación poco clara, la injerencia extranjera no puede ser simpática a los «embarcados» de buena fe. Insistamos en que a la fuerza han tenido que aceptar los hechos esos sectores que se ven más lejos de donde quisieran ir, y sometidos a fusiones y transformaciones con las que oficialmente hay que estar conforme, pero que son otras tantas fisuras por donde se rajará el conglomerado político que avala al ejército rebelde.

Cierto que la oficialidad directiva en grandísima parte está anquilosada en el tedio mediocre y rutinario de los cuartos de banderas, que otra era la pululante por camarillas a la caza de ascensos y prebendas, y que la «foguada» lo fué en una guerra artificial, interminable y antipopular, sin más entusiasmo que

el convencional para justificar el movimiento de las escalillas.

Cierto que no era un brillante plantel; pero no menos cierto que había una minoría estudiosa, superior a los medios materiales de que disponía, verdaderamente europea, y ha sido lamentable que en su totalidad no estuviese al lado de la realidad; éstos, más los asesoramientos y direcciones extranjeras, son los puntales de la sedición.

En nuestro lado hay hombres, entusiasmo máximo, valor sobrado y ya material suficiente. Sin esto no se gana una guerra, pero esto solo no es suficiente para la victoria íntegra.

Hay que pensar que la guerra moderna, y esto es una guerra y no un motín, tiene una técnica compleja, y el clamor entusiasta no debe ahogar la voz serena y firme del razonador. Hablando sinceramente: la excesiva autonomía del primitivo Ejército popular, el no haber escuchado ni aprovechado elementos que debieron ser guías, ha retrasado la hora del triunfo, y es hora de pensar que, a pesar de rectificaciones acertadas, quedan cosas por hacer.

Decíamos que esto era una guerra moderna; desde el punto de vista militar, es algo más.

El territorio peninsular es hoy un inmenso y trágico campo de maniobras. En nuestro cielo se han librado las más grandes batallas aéreas de la historia de la aviación; cruzan nuestra atmósfera modelos de aparatos de recientes tipos y novísimas características, y horadan nuestra carne y perforan nuestro suelo proyectiles de todas clases, lanzados por armas en ensayo o en estudio; el mundo militar tiene fijos sus ojos en esta campaña.

En nosotros se está ensayando todo: guerra defensiva y de maniobras. Desde una modesta edición de la «línea Maginot» hasta la guerra totalitaria. Los informes de los agregados militares extranjeros serán esperados con avidez, y ciertamente llenarán las mesas de los estados mayores de sus respectivos países.

Sin duda que a nuestro Estado Mayor, sobre el peso enorme de su labor de haber tenido que organizar casi todo

y unificar todo, le abrumba otra no menos trabajosa cual es la de seleccionar, después de contrastada con la realidad, desde el arma que se debe emplear hasta el criterio a seguir; porque, a modo de gran mercado, hay sobra de ofertas de cosas materiales y de ideas.

Quizá se busca la solución de crear un ejército maniobrero, que no es ni mucho menos un ejército motorizado, pues éste ofrece sus terribles «pegas», cuales son su volumen excesivo, rigidez y necesidad de resistir el peso y número enorme de carruajes, etc., etc.

El ejército flexible, ágil, con sus servicios movibles, divisibles y adaptables; el ejército hna y firmemente articulado, ese es el ideal. Pero para eso se requiere una buena cantidad de oficiales, llamémosles técnicos.

¿Dónde reclutarlos? Los hay, desde luego; tal vez no necesiten más que una inteligente labor de adaptarlos y un margen de comprensión por parte de las organizaciones.

Han cambiado mucho las cosas en un año y pico; la clase media, apolítica en su mayoría, o no estaba encuadrada, o muchas veces lo estaba erróneamente, cuando no con un criterio impuesto por quienes la explotaban más a mansalva que a los modestos jornaleros. Esta clase media, vivo de técnicos, está dividida: el vago o «vagoide» (valga al palabreja), el que soñaba con el «enchufe» o con la boda ventajosa, ese está frente a nosotros, ya que en la política o en la organización capitalista esperaba su canonjía; pero el trabajador auténtico si no está ya con nosotros, no está al menos en contra nuestra, y bastaría un aire de franqueza para que, disipados todos los recelos, se unan definitivamente y entusiastamente a sus hermanos de trabajo.

Podríamos citar ejemplos de cómo se han creado magníficas especialidades, nada más que encauzándolas; si a eso se agregase una mayor amplitud de criterio (con la imprescindible discreción, se entiende), ¿qué resultados no se podrían conseguir?

Muchos son los problemas que se nos ofrecen, y basta por hoy con los indicados someramente, que tiempo habrá de



tratar de ellos; tentadores son, por ejemplo, el estudio de las brigadas de montaña, espécimen de tropa maniobrero y especializada, y que en su ensayo ha dado el espléndido resultado del Batallón de Montaña, modelo y tipo que puede competir con los mejores exóticos.

Y como curiosidad y aviso, dos palabras sobre una cuestión planteada y no resuelta durante la gran guerra; nos referimos al uso de la caballería.

Aún no se han puesto de acuerdo los técnicos sobre ella, dándose el caso curioso de naciones que casi desmontaron a sus jinetes, y poco a poco les devuelven ahora sus cabalgaduras. No es menos notable el criterio francés de hacer de su caballería una «infantería montada», mientras el inglés aumenta los regimientos y los organiza con el criterio clásico.

Por otra parte, la opinión vulgar está desorientada por los pseudo-técnicos que estropean papel en divulgaciones militares; se cree que la caballería es poco menos que un arma romántica y arcaica; la opinión no conoce lo que en la guerra europea representó la «carrera al mar», y como tuvo fija la mirada en Europa, no le interesó ni las campañas de Palestina, Mesopotamia, cómo se inutilizó la ayuda turca y las maravillas que se hicieron con pocos jinetes, en combinación con la habilidad de la diplomacia inglesa.

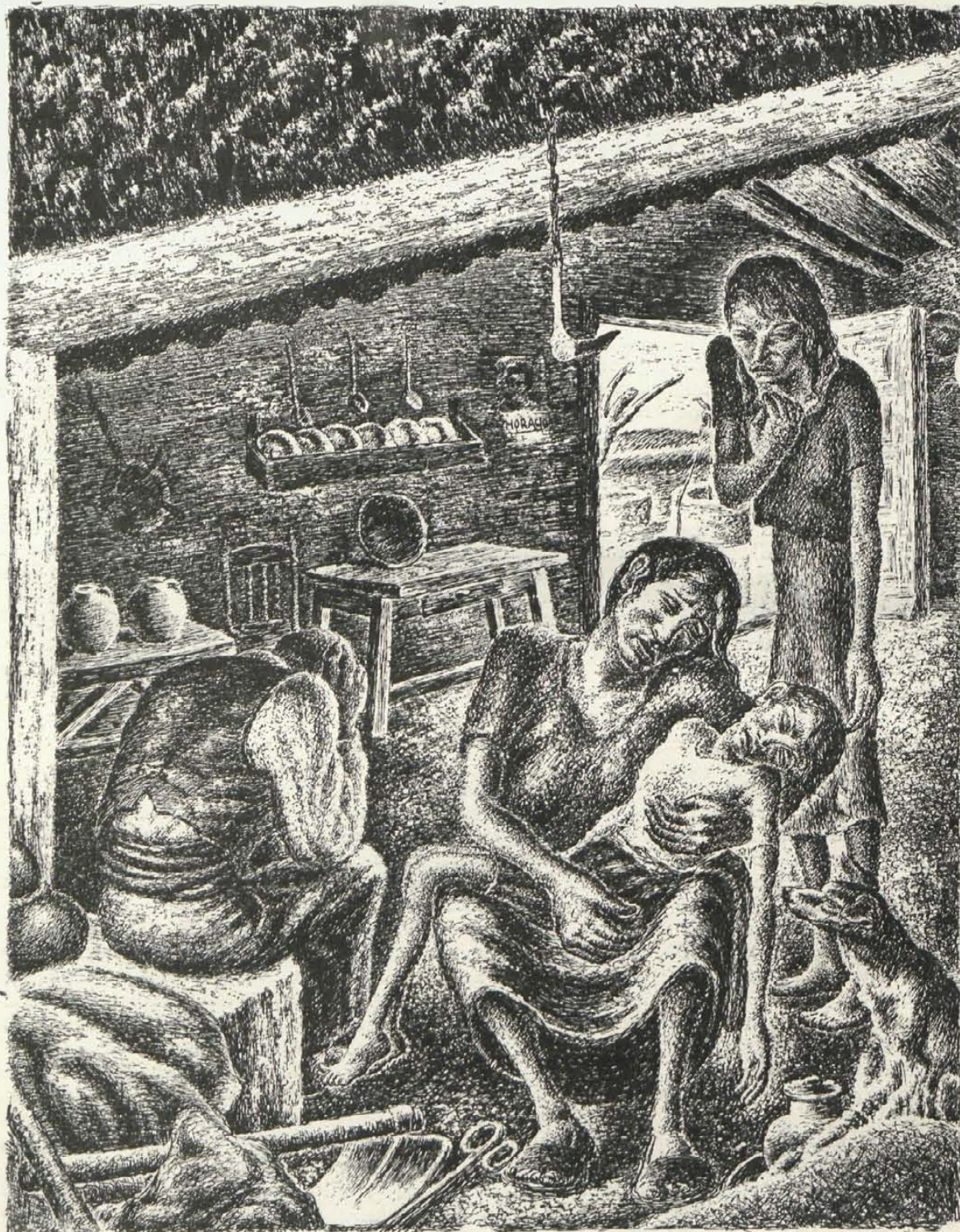
Por otra parte, el auto-amealladora es el más moderno y eficaz colaborador de esta vieja arma, con tantas posibilidades aún y que no conviene perder de vista.

No se olvide que falta este experimento, y que el campo de maniobras es carne de nuestra carne y tierra de nuestra España.

UNO

¡¡ASI VIVIA EL CAMPESINO!!

DAJO la bérula fascista, bajo el imperio del amo—trilogía sarcástica del cacique, el cura y el guardia civil—el obrero del campo se doblaba al peso de todas las miserias y de todos los dolores, impotente a tanta y tanta injusticia. En su hogar no entraba mas que a cachos negros el pan que tasaba la usura del señorito, al que había que llevar en bandeja de oro—el carro lleno de doradas mieses—el fruto de todo un año, de dejar la vida en los surcos. Enfermedades, dolores, necesidades, miseria en fin, ¿qué importaba eso, al que solo se cuida de expoliar, de estrujar, de zaherir? Y si alguna vez, sonaba en el oscuro hogar—refracción de todas las luces—la voz del amo que exigía cuentas, en voz airada, era para personalmente consumir el ultraje, era para arrancar de cuajo y a jirones, la mejor flor del pequeño y humilde jardín del campesino.



Todo ese cuadro de horror y lástima que la revolución ha barrido, debe pasar en el ánimo de todos los antifascistas, en la hora suprema de rechazar a pecho abierto, al enemigo invasor; que pretenda dominar y hollar nuestro suelo, sólo y exclusivamente para eso; para que estos cuadros llenos de tremendas realidades, no vuelvan a hundir en una sangrienta pesadilla, al obrero del campo, artífice como ninguno de todas las civilizaciones.